

—Vuestro amigo no está aún convertido, decía el buen abate Veze, pero desea estarlo.

Una circunstancia imprevista anticipó la revelación á Godofredo de la historia de la señora de la Chanterie; de modo que el interés capital que le ofrecía no tardó en quedar satisfecho.

París se ocupaba entonces del desenlace, en la barrera de Saint-Jacques, de uno de los más horribles procesos criminales que llegó á verse nunca en nuestros tribunales. Este proceso resultaba interesante por la índole misma de los criminales, cuya audacia, educación superior á la de los acusados ordinarios y cínicas respuestas, asombraron á la sociedad. Cosa digna de atención: en la posada de la Chanterie no entraba ningún periódico, y Godofredo supo por su maestro de teneduría de libros que se había negado el recurso de casación á los condenados, cuyo proceso había tenido lugar antes de su entrada en casa de la señora de la Chanterie.

—¿Han visto ustedes alguna vez personas tan atroces como esos bandidos? dijo Godofredo á sus futuros amigos; y cuando las encuentran ustedes, ¿qué hacen con ellas?

—En primer lugar, dijo don Nicolás, no hay tales bandidos, y si únicamente naturalezas enfermas que debían ser mandadas á un manicomio; pero, aun fuera de esas raras naturalezas enfermas, nosotros no vemos nunca más que gentes que razonan mal, y la misión del hombre caritativo es educar á las almas y conducir por el camino del bien á los desgraciados.

—Nada hay imposible para el apóstol, porque tiene á Dios de su parte, dijo el abate Veze.

—Si les enviasen á ustedes á esos dos condenados, ¿creen que sacarían algo de ellos?

—No habría ya tiempo bastante, advirtió el cuitado Alain.

—Por lo general, dijo don Nicolás, se entregan á la religión almas que están en la impenitencia final, y

no se les da tiempo suficiente para hacer prodigios. La gente á que usted se refiere, en nuestras manos hubieran llegado á ser hombres distinguidos, pues poseen una inmensa energía; pero una vez que han cometido un asesinato, ya no es posible ocuparse de ellos, porque la justicia humana se los apropia.

—¿De modo que es usted contrario á la pena de muerte? dijo Godofredo.

Don Nicolás se levantó apresuradamente y salió.

—No hable usted nunca de la pena de muerte delante de don Nicolás; en una ejecución que le tocó escoltar, reconoció en uno de los criminales á su hijo natural...

—¡Y era inocente! repuso don José.

En este momento, la señora de la Chanterie, que se había ausentado por algunos instantes, volvió al salón.

—En fin, confiese usted, dijo Godofredo dirigiéndose á don José, que la sociedad no puede subsistir sin la pena de muerte, y que los que van á ser mañana guillotinos...

Godofredo sintió que una mano vigorosa le cerraba la boca con fuerza, y el abate Veze se llevó á la señora de la Chanterie pálida y casi moribunda.

—¿Qué ha hecho usted...? dijo don José á Godofredo. Acompáñele usted, Alain, dijo retirando la mano con que había amordazado al joven.

Y siguió al abate Veze á la habitación de la señora.

—Venga usted, dijo el señor Alain á Godofredo. Nos ha obligado usted á confiarle los secretos de la vida de la señora.

Algunos instantes después los dos amigos se encontraron en el cuarto del honrado Alain, como habían estado cuando el anciano había contado su historia al joven.

—Pero ¿qué es ello? dijo Godofredo, cuyo rostro anunciaba su desesperación por haber sido la causa

de lo que, en aquella santa casa, podía llamarse una catástrofe.

—Espero á que Manón venga á tranquilizarnos, respondió Alain prestando oído al ruido que hacían en la escalera los pasos de la criada.

—Señor, la señora va bien; el señor cura ha sabido engañarla, diciéndole que no había entendido lo que se decía, dijo Manón dirigiendo á Godofredo una mirada casi de odio.

—¡Dios mío! exclamó el pobre joven rompiendo en sollozos.

—Vamos, cálmese y siéntese, le dijo el señor Alain sentándose á su vez.

E hizo una pausa para recoger sus ideas.

—No sé, dijo el buen anciano, si tendré yo el talento necesario para contar dignamente una vida puesta á prueba con tantas crueldades; dispénsense cuando la palabra de un orador tan pobre como yo no esté á la altura de las acciones y de las catástrofes. No olvide usted que salí del colegio hace muchos años y que soy hijo de un siglo en que se ocupaban más del pensamiento que del efecto, de un siglo prosaico en que sólo se sabía llamar á las cosas por su nombre.

Godofredo hizo un movimiento de adhesión que significaba: «Ya escucho», y en el que Alain pudo ver una admiración sincera.

—Amigo mío, acaba usted de verlo, repuso el anciano. Era imposible que permaneciese usted más tiempo entre nosotros sin conocer algunas de las particularidades de la vida de esa santa mujer. Existen ideas, alusiones y palabras fatales que están completamente prohibidas en esta casa, so pena de volver á abrir á la señora heridas cuyos dolores, renovados una ó dos veces, podrían matarla.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué he hecho yo, pues? exclamó Godofredo.

—Sin don José, que le cortó á usted la palabra presintiendo que iba usted á ocuparse del fatal ins-

trumento de muerte, hubiese usted matado á esa pobre señora... Ya es tiempo de que lo sepa usted todo, pues nos pertenece usted, y hoy tenemos ya todos la seguridad de su convicción.

—La señora de la Chanterie, empezó diciendo después de una pausa, pertenece á una de las mejores familias de la Normandía baja. Se llama señorita Bárbara Filiberta de Champignelles, y procede de la rama menor de esta casa. Así es que estuvo destinada á tomar el velo, si su casamiento no hubiese podido hacerse con la acostumbrada renuncia á la legítima que solía usarse en las familias pobres. Un tal Chanterie, cuya familia había caído en profunda obscuridad, á pesar de que proviene de la cruzada de Felipe Augusto, quiso recuperar el rango que por su antigüedad le correspondía en la provincia de Normandía. Este hidalgo estaba tanto más desacreditado ante la nobleza, por cuanto que había reunido unos trescientos mil escudos comerciando con las provisiones de los ejércitos del rey, cuando la guerra de Hanovre. Demasiado confiado con tales riquezas, aumentadas aún con los rumores de provincia, el hijo hacía en París una vida bastante inquietante para un padre de familia. El mérito de la señorita de Champignelles gozaba de gran celebridad en el Bessin. El anciano, cuyo feudo de la Chanterie se encuentra entre Caen y Saint-Lô, oyó deplorar en su presencia el que una señorita tan perfecta y tan capaz de hacer á un hombre feliz, fuese á acabar sus días en un convento; y ante su declaración de pretender la mano de la señorita Filiberta para su hijo, le dieron la esperanza de conseguir el permiso de los Champignelles, con tal que fuese sin dote. Llevado de su deseo se trasladó á Bayeux, se procuró algunas entrevistas con la señorita de Champignelles y quedó seducido de las grandes cualidades de la joven. A los dieciséis años, la señorita de Champignelles anunciaba ya todo lo que tenía que ser. Se adivinaba en ella una piedad sólida,

un buen sentido inalterable, una rectitud inflexible, y una de esas almas que no pueden vivir nunca sin afectos, aunque éstos fuesen ordenados. El anciano noble, enriquecido con sus exacciones en los ejércitos, vió en aquella encantadora muchacha á la mujer que podía convenir á su hijo, por la autoridad de la virtud de la joven y por el ascendiente de su carácter firme, pero sin orgullo, pues ya ha visto usted que nadie es más amable ni más confiada que la señora de la Chanterie, y hasta al declinar de su vida se ve el candor de su inocencia. En sus primeros años no quería creer en el mal, y la poca desconfianza que usted pueda ver en ella depende únicamente de sus desgracias. El anciano se comprometió en una conferencia con los Champignelles á dar por recibida en el contrato la legítima de la señorita Filiberta; pero, en revancha, los Champignelles, que estaban aliados con grandes casas, prometieron elevar á baronía el feudo de la Chanterie, y cumplieron su palabra. La tía del futuro esposo, señora de Boisfrelon, mujer del consejero del parlamento que murió en la habitación que usted ocupa, prometió dejar su fortuna al futuro sobrino. Hechos ya estos arreglos entre las dos familias, el padre mandó á llamar al hijo. Magistrado ponente del gran Consejo, y de veinticuatro años de edad en el momento de su matrimonio, el joven había hecho numerosas locuras con los jóvenes de su época, haciendo su misma vida; así es que el anciano proveedor de los ejércitos había pagado en diversas ocasiones deudas considerables de su hijo. Este pobre, preveyendo las nuevas calaveradas de su hijo, estaba decidido á reconocer á su futura nuera una cierta fortuna; pero, llevado también de su desconfianza, legó el feudo de la Chanterie á los hijos varones que naciesen del matrimonio... La Revolución, añadió el cuitado Alain en forma de paréntesis, hizo inútiles estas precauciones. Dotado de una belleza de ángel y de una maña maravillosa en todos los ejercicios del

cuerpo, el joven magistrado ponente poseía el don de seducción. Como comprenderá usted fácilmente, la señorita de Champignelles se enamoró perdidamente de su marido. El anciano, feliz al ver los principios de este matrimonio y creyendo enmendado á su hijo, instó á los recién casados á que se trasladasen á París. Esto ocurría á principios del año 1788. Transcurrió este año de una manera feliz. La señora de la Chanterie fué objeto de los cuidados y de las atenciones más delicadas que un hombre enamorado puede prodigar á la mujer que ama. Por corta que fuese, la luna de miel brilló en el corazón de esta mujer tan noble y tan desgraciada. Ya sabe usted que en aquella época las madres criaban á sus hijos, y la señora tuvo una hija. Este período, durante el cual la mujer debe ser objeto de la mayor ternura, fué, al contrario, el principio de inauditas desgracias. El magistrado ponente se vió obligado á vender todos los muebles de que podía disponer para pagar las deudas antiguas que no había confesado, y las nuevas deudas adquiridas en el juego. Poco después, la Asamblea nacional disolvió el gran Consejo, el Parlamento y todos los cargos de justicia que tan caros costaban. El joven matrimonio, aumentado ya con una hija, quedó, pues, sin más rentas que las de los bienes que el padre había legado á los hijos varones que hubiesen de nacer, y las de la dote que se había reconocido á la señora de la Chanterie. A los veinte meses de casada, aquella encantadora mujer, de diecisiete años y medio de edad, se vió obligada á vivir, ella y su hija, á quien amamantaba, del trabajo de sus manos, en un barrio obscuro adonde se retiró. Vióse completamente abandonada de su marido, que gradualmente fué descendiendo hasta llegar á frecuentar la sociedad de las gentes de peor calaña. La señora nunca hizo un reproche á su marido, ni tuvo á su vez que reprocharse nada. Ella misma nos ha dicho que durante aquellos terribles días rogaba á Dios por

su querido Enrique. Este mal sujeto se llamaba Enrique, dijo Alain, y este nombre, lo mismo que el de Enriqueta, no debe pronunciarse nunca donde ella esté. Prosigo. Sin salir nunca de su habitación de la calle de la Corderie du Temple, más que para ir á buscar su subsistencia y su trabajo, la señora de la Chanterie cubría todas las necesidades de la casa, gracias á los cien francos que su suegro, conmovido por tanta virtud, hacía llegar á sus manos. No obstante, previendo que aquel recurso podía faltarle, la pobre mujer tomó la profesión de corsetera y trabajaba para un taller. En efecto; el anciano tratante murió, y su herencia fué devorada por su hijo gracias á la anulación de las leyes de la monarquía. El antiguo magistrado, habiendo pasado á ser uno de los más feroces presidentes del tribunal revolucionario, fué el terror de Normandía, y pudo de este modo satisfacer todas sus pasiones. Encarcelado á su vez cuando la caída de Robespierre, el odio de la comarca hacía presentir su próxima muerte. La señora de la Chanterie supo, por una carta de despedida, la suerte que esperaba á su marido. Inmediatamente después de haber confiado su hija á una vecina, se fué al pueblo en que el miserable estaba detenido, provista de los pocos luises que constituían su fortuna; estos luises le sirvieron para entrar en la cárcel, de donde logró sacar á su marido, vistiéndole con sus propias ropas, de un modo muy semejante al que empleó más tarde la señora de La Valette. La buena esposa fué condenada á muerte; pero sintieron vergüenza de llevar á cabo semejante venganza, y el tribunal que había presidido en otro tiempo su marido le procuró por bajo mano los medios de escaparse, y la infeliz mujer volvió á París á pie, sin recursos, durmiendo en las posadas y comiendo á veces de caridad.

—¡Dios mío! exclamó Godofredo.

—¡Espere usted!... repuso Alain, esto no es nada. En ocho años, la pobre mujer no vió á su marido más

que tres veces. La primera vez permaneció dos días en el modesto albergue de su mujer, y le quitó todo el dinero, colmándola de caricias, dándole pruebas de ternura y haciéndola creer en una conversión completa. — «Yo carecía, dice ella, de fuerzas para combatir á un hombre por quien rogaba todos los días, y que llenaba exclusivamente mi pensamiento». La segunda vez, el señor de la Chanterie llegó moribundo, ¡y de qué enfermedad!... Pero ella lo cuidó, lo salvó, y procuró encaminarlo por la buena senda. Después de haber prometido todo lo que aquel ángel le pedía, el revolucionario se entregó á espantosos desórdenes, y sólo logró escapar á la acción de la justicia yendo á refugiarse en casa de su mujer, donde murió en seguridad.

—¡Oh! ¡esto no es nada! exclamó el honrado Alain viendo pintado el asombro en el rostro de Godofredo. Entre la gente que frecuentaba, nadie sabía que aquel hombre fuese casado, y dos años después de la muerte del miserable, la señora de la Chanterie supo que existía una segunda señora de la Chanterie, viuda como ella y como ella arruinada. Aquel bigamo había sabido encontrar dos ángeles incapaces de serle infieles. Hacia el año 1803, repuso Alain después de una pausa, el señor Boisfrelon, tío de la señora de la Chanterie, fué indultado, ó lo que es lo mismo, borrado de la lista de los emigrados, volvió á París y le entregó una suma de doscientos mil francos, que el antiguo tratante le había confiado con objeto de que los entregase á los hijos de su sobrina. Instada la viuda á volver á Normandía, donde completó la educación de su hija, compró, en excelentes condiciones, una tierra patrimonial, aconsejada siempre por Boisfrelon.

—¡Ah! exclamó Godofredo.

—Eso no es nada aun, dijo Alain, pues no hemos llegado á la época de las tormentas. Prosigo. En 1807, después de cuatro años de descanso, la señora de la

Chanterie casó á su hija única con un hidalgo cuya piedad, antecedentes y fortuna ofrecían todo género de garantía; un hombre que, según el dicho popular, *era la comidilla* de la mejor sociedad de la comarca en que la señora de la Chanterie y su hija pasaban el invierno. Tenga usted en cuenta que esta sociedad se componía de siete ú ocho familias de las más renombradas de la nobleza francesa, los Esgrignon, los Troisville, los Casteran, los Nouatre, etc. Al cabo de dieciocho meses, este hombre dejó á su mujer y se escapó á París, donde cambió de nombre. La señora de la Chanterie no pudo saber las causas de esta separación hasta que el escándalo fué público. Su hija, educada con minuciosos cuidados y en los más puros sentimientos religiosos, guardó un profundo silencio sobre este acontecimiento. Esta falta de confianza hirió atrozmente á la señora de la Chanterie. Varias veces ya había reconocido en su hija ciertos indicios que denotaban que poseía el carácter aventurero de su padre, si bien aumentado con una firmeza de carácter casi viril. El marido se fué de su lado, dejando sus negocios en lastimosa situación. La señora de la Chanterie está aún asombrada de aquella catástrofe, que ningún poder humano hubiera podido remediar. La gente á quien consultó prudentemente le dijo que la fortuna de su yerno era clara y líquida en tierras y sin hipotecas, cuando en realidad resultaba que hacía ya diez años que debía mucho más de lo que tenía. En su consecuencia, los inmuebles fueron vendidos, y la pobre recién casada, reducida á su única fortuna, volvió á casa de su madre. La señora de la Chanterie supo más tarde que aquel hombre había estado sostenido por las gentes más distinguidas de aquel país por intereses de sus créditos, pues aquel miserable les debía á todos sumas más ó menos considerables. De modo que, desde su llegada á la provincia, la señora de la Chanterie había sido considerada como una presa. Sin embargo, esta catástrofe tuvo otras

razones, que comprenderá usted por un documento confidencial presentado al Emperador. Por otra parte, aquel hombre se había captado, hacía mucho tiempo, las simpatías de los más distinguidos realistas de la comarca, por su adhesión á la causa real durante la época más borrascosa de la Revolución. Era uno de los emisarios más activos de Luis XVIII, y, desde 1793, había tomado parte en todas las conspiraciones, retirándose de ellas tan sabiamente y con tanta astucia, que acabó por inspirar sospechas. Habiéndole dado las gracias Luis XVIII por sus servicios, y como no tomase ya parte en los asuntos políticos, volvió á tomar posesión de sus tierras, empeñadas hacía ya mucho tiempo. Estos antecedentes, oscuros á la sazón (pues los iniciados en los secretos del gabinete real guardaron silencio sobre tan poderoso cooperador), hicieron objeto á aquél de una especie de culto en una ciudad tan adicta á los Borbones, y donde los medios más crueles de la chuaneía eran admitidos como de buen género. Los Estrignon, los Casteran, el caballero de Valois, en fin, la aristocracia y la Iglesia abrieron sus brazos á aquel diplomático realista y lo ampararon. Esta protección fué apoyada por el deseo que los acreedores tenían de ser pagados. Aquel miserable, que podía formar pareja con la Chanterie, supo contenerse durante tres años, fingió la más alta devoción é impuso silencio á sus vicios. Durante los primeros meses que los recién casados pasaron juntos, el marido ejerció una especie de influencia sobre su mujer, é intentó corromperla con sus doctrinas (si doctrina puede llamarse al ateísmo) y con el tono burlesco con que hablaba de los principios más sagrados. Desde su vuelta al país, este diplomático de baja estofa tuvo amistad íntima con un joven cargado de deudas como él, pero que se hacía simpático por tanta franqueza y valor como hipocresía y cobardía había demostrado aquél. Este socio, cuyos atractivos, carácter y vida aventurera, te-

nían que influir en una joven, fué para el marido una especie de instrumento y se sirvió de él para apoyar sus infames teorías. La joven no quiso nunca decir á su madre el abismo en que la casualidad la había sepultado, pues es preciso renunciar á hablar de prudencia humana al pensar en las minuciosas precauciones tomadas por la señora de la Chanterie cuando trató de casar á su hija única. Este último golpe, dado á una mujer que había sufrido tantas desgracias y que había hecho una vida tan abnegada, pura y religiosa, dotó á la señora de la Chanterie de una desconfianza en sí misma, que la aisló tanto más de su hija, por cuanto que ésta, á cambio de su mala suerte, exigió casi su libertad, dominó á su madre y llegó hasta á insultarla á veces. Atacada de este modo en todas sus afecciones, engañada en su abnegación y en su amor por su marido, á quien había sacrificado sin queja su dicha, su fortuna y su vida, engañada en la educación exclusivamente religiosa que había dado á su hija, engañada asimismo por la sociedad en el asunto del matrimonio, y no obteniendo justicia en el corazón donde había sembrado tan buenos sentimientos, se unió estrechamente á Dios, cuya mano la hería tan duramente. Esta medio monja iba á la iglesia todas las mañanas, practicaba todas las austeridades claustrales y hacía economías para aliviar á los pobres. ¿Hay hasta la fecha vida más santa y más sufrida que la de esta noble mujer, tan resignada con el infortunio, tan valerosa en el peligro, y siempre tan cristiana? dijo Alain viendo á Godofredo sorprendido. Usted conoce á la señora, sabe que no carece de sentido, de juicio y de reflexión, y que posee estas cualidades en el más alto grado. Pues bien; estas desgracias, que bastarían para hacer creer á cualquiera que era imposible buscar una vida más adversa, no son nada en comparación con lo que Dios reservaba á esta mujer. Ahora ocupémonos exclusivamente de la hija de la señora de la Chanterie, dijo el buen hombre

reanudando su relato. A los dieciocho años, época de su matrimonio, la señorita de la Chanterie era una joven de una complexión delicada, morena, de buenos colores, esbelta y con una cara divina. Sobre su espaciosa frente admirábanse unos hermosos cabellos negros, que armonizaban con sus ojos de azabache y su mirada alegre. Una especie de gracia en la fisonomía, ocultaba su verdadero carácter y su varonil entereza. Tenía pies y manos pequeños, y un no se qué de débil y sutil que excluía toda idea de fuerza y de virilidad. Como había vivido siempre con su madre, gozaba de una perfecta inocencia de costumbres y de extraordinaria piedad. Esta joven, lo mismo que la señora de la Chanterie, era adicta á los Borbones con fanatismo, enemiga de la Revolución francesa, y juzgaba el dominio de Napoleón como una plaga que la Providencia había impuesto á Francia en castigo á los atentados de 1793. Como ocurre siempre en casos análogos, esta conformidad de opiniones de la suegra y el yerno fué una razón que determinó el matrimonio, en el que, por lo demás, se interesó toda la aristocracia de París. Cuando se reanudaron las hostilidades en 1799, el amigo del miserable esposo había mandado una banda de chuanes. Parece que el barón (el yerno de la señora de la Chanterie era barón) no tenía más designio, al unir á su mujer con su amigo, que servirse de aquel afecto para pedirle ayuda y socorro. Aunque cargado de deudas y sin medios de existencia, este joven aventurero vivía muy bien y podía socorrer fácilmente al factor de las conspiraciones realistas. Esto exige algunas explicaciones sobre una asociación que dió mucho que hablar en aquella época, dijo el señor Alain interrumpiendo su relato. Me refiero á los *calentadores*. Todas las provincias del Este fueron más ó menos víctimas de estos pillajes, cuyo objeto era, más bien que el robo, el reanudar una guerra realista. Según se dice, se aprovecharon del gran número de refractarios á la ley de quintas,

que, como usted recordará, era abusiva. Entre Montagne y Regne, al otro lado de estos sitios y hasta en las orillas del Loira, hubo expediciones nocturnas que, en ciertos lugares de Normandía, castigaron principalmente á los dueños de bienes nacionales. Estas bandas llenaron de profundo terror á aquellas comarcas. No exagero si digo á usted que en ciertos departamentos la acción de la justicia quedó por mucho tiempo paralizada. Estos últimos amagos de guerra civil no dieron que hablar tanto como usted pueda imaginarse, acostumbrado como está hoy á la espantosa publicidad dada por la prensa á los menores procesos políticos ó particulares. El sistema del gobierno imperial era el de todos los gobiernos absolutos. La censura no dejaba publicar nada de lo que concernía á política, excepto los hechos verificados ya, y aun éstos muy tergiversados. Si se tomase usted el trabajo de hojear el *Monitor* y los demás periódicos que existían entonces, no encontraría usted ni una palabra de los cuatro ó cinco procesos criminales que costaron la vida á ochenta bandidos. Este nombre, dado durante la época revolucionaria á los chuanes, á los vendeanos y á todos los que tomaron las armas por la casa de Borbón, fué aplicado judicialmente bajo el Imperio á los realistas víctimas de algunos complots aislados. Para algunos caracteres apasionados, el Emperador y su gobierno eran los verdaderos enemigos. Explico á usted estas opiniones sin pretender justificarlas, y prosigo. Ahora, dijo después de una de esas pausas necesarias en los largos relatos, admita usted realistas arruinados por la guerra civil de 1793, y sometidos á violentas pasiones, admita usted también naturalezas excepcionales devoradas por necesidades y vicios, como la del yerno de la señora de la Chanterie y de su amigo, y comprenderá usted el cómo podían decidirse á cometer en su interés particular actos de pillaje que su opinión política autorizaba contra el gobierno imperial, en bene-

ficio de la buena causa. Este joven jefe se ocupaba, pues, en reanimar la tea de la discordia de la chuaneña, para obrar en un momento oportuno. El Emperador pasó entonces una crisis atroz cuando, encerrado en la isla de Lobau, pareció que tenía que sucumbir ante el ataque de Inglaterra y de Austria. La victoria de Wagram hizo casi inútil la conspiración tramada en el interior. Esta esperanza de encender la guerra civil en Bretaña, en la Vendea y en una parte de Normandía, coincidió fatalmente con el estado más difícil de los negocios del barón, que pensó en llevar á cabo una expedición cuyos productos serían aplicados exclusivamente á salvar sus propiedades. Por un sentimiento lleno de nobleza, su mujer y su amigo se negaron á invertir en cosas privadas las sumas que habían de tomarse á mano armada de los fondos del Estado, y que habían de ser destinadas á asalariar á los prófugos y á los chuanes, y á procurarse armas y municiones para llevar á cabo un levantamiento. Cuando, después de acaloradas discusiones, el joven jefe, apoyado por la mujer, negó terminantemente al marido el centenar de miles de francos cuya adquisición iba á hacerse por cuenta del ejército real, sorprendiendo los fondos que enviaba al Estado una de las recaudaciones generales del Oeste, el barón desapareció para evitar las ardientes persecuciones y encarcelamientos que empezaron á llevarse á cabo. Los acreedores deseaban los bienes de la mujer, y aquel miserable había agotado el manantial del interés que inclina á una mujer á sacrificarse por el marido. Esto es lo que ignoraba la pobre señora de la Chanterie; pero esto no es nada en comparación de la trama oculta bajo esta explicación preliminar. Esta noche, dijo el bondadoso anciano mirando al reloj, es ya muy tarde, y aunque quisiera contarle á usted el resto de la historia, no tendría tiempo. Cuando me instalé aquí, mi amigo el anciano Bordín, á quien el famoso proceso Simeuse había iniciado en algunos de los

secretos del partido realista, y que tomó parte en el proceso criminal llamado de los Calentadores de Montagne, me entregó dos documentos que yo he conservado, porque murió poco tiempo después. Encontrará usted en ellos los hechos mucho más detallados de lo que yo pudiera hacerlo. Estos hechos son tan numerosos, que, si me pusiera á meterme en detalles, tendría para más de dos horas; mientras que en esos documentos se enterará usted de una manera somera. Mañana por la mañana acabaré de contarle lo que concierne á la señora de la Chanterie, é instruído como estará usted por esos documentos, podré acabar en muy pocas palabras.

El anciano entregó unos papeles, amarillos ya de viejos, á Godofredo, el cual, después de haber dado las buenas noches á su vecino, se retiró á su habitación, donde leyó, antes de dormirse, los dos documentos siguientes:

ACTA DE ACUSACIÓN

Audiencia de justicia criminal y especial del departamento del Orne

El procurador general de la audiencia imperial de Caen, nombrado para desempeñar sus funciones ante la audiencia criminal y especial establecida en Alençon por decreto imperial de septiembre de 1809, expone al tribunal los siguientes hechos que resultan de la instrucción del proceso:

Un complot de bandidos, concebido con profundidad inaudita y que se relaciona con un proyecto de revolución en los departamentos del Oeste, estalló manifestándose con varios atentados hechos contra ciudadanos y sus propiedades, y más notoriamente por el ataque y robo á mano armada de un coche que transportaba, el... de mayo de 180..., la recaudación de Caen por cuenta del Estado. Este atentado, que trae á la mente los deplorables recuerdos de una

guerra civil tan felizmente extinguida, reprodujo las concepciones de una maldad y perfidia que la flagranza de las pasiones no justificaba.

Desde el origen á los resultados, la trama es complicada y sus detalles numerosos: la instrucción duró más de un año; pero la evidencia de todos los pasos del crimen ha contribuído á que se conozcan hoy los preparativos, la ejecución y sus consecuencias.

La idea del complot pertenece á un tal Carlos Ama-deo Luis José Rifoel, titulado caballero del Vissard, nacido en Vissard, ayuntamiento de Saint-Mexme, cerca de Ernéc, y antiguo jefe de rebeldes.

Este culpable, á quien Su Majestad el Emperador y Rey concedió el indulto cuando la pacificación definitiva, y que sólo reconoció con nuevos crímenes la magnanimidad del soberano, sufrió ya por último suplicio el castigo que merecían tantas maldades; pero se hace necesario recordar algunos de sus actos, pues ha influido en los culpables sometidos actualmente á la justicia, y se hace preciso citarlo en muchas de las particularidades de este proceso.

Este peligroso agitador, oculto, como acostumbran á hacer los rebeldes, bajo el nombre de Periquillo, erraba por el departamento del Oeste, recogiendo allí los elementos de una nueva revolución; pero su asilo más seguro fué el castillo de Saint-Savin, residencia de una dama llamada Lechantre y de su hija llamada Bryond, castillo situado en el municipio de Saint-Savin, distrito de Mortagne. Este punto estratégico trae á la mente los más atroces recuerdos de la rebelión de 1799. Allí fué asesinado el correo y robado el coche por una partida de bandidos mandados por una mujer, ayudada por el famosísimo Marche-á-Terre. Dedúcese de aquí que en aquellos lugares el crimen es hasta cierto punto endémico.

Hacia ya más de un año que existía una intimidación que no intentaremos calificar entre la dama Bryond y el llamado Rifoel.

En esta comarca ó ayuntamiento fué donde tuvo lugar, en el mes de abril de 1808, una entrevista entre Rifoel y el llamado Boislaurier, jefe superior conocido por el nombre de Augusto en las funestas rebeliones del Oeste, y que fué el que dirigió también el crimen cometido actualmente á esta audiencia. Este punto obscuro de las relaciones de los dos jefes, es hoy indudable por declaración de numerosos testigos, y goza además de la autoridad de la cosa juzgada, por la sentencia condenatoria dictada contra Rifoel.

Desde entonces, este Boislaurier se entendió con Rifoel para obrar de acuerdo.

Ambos, solos en un principio, se comunicaron sus atroces proyectos, inspirados por la ausencia de Su Majestad Imperial y Real, que mandaba entonces sus ejércitos en España. Desde esta época debían tener meditado, como base fundamental de sus operaciones, el robo de las recaudaciones del Estado.

Algún tiempo después, el llamado Dubut de Caen envió al castillo de Saint-Savin al emisario llamado Hiley, apodado el Labrador, conocido hacía ya mucho tiempo como salteador de diligencias, para que diese informes acerca de los hombres con los cuales se podía contar.

De este modo y por intervención de Hiley, fué como el complot contó desde un principio con la cooperación de un tal Herbomez, apodado el General Atrevido, antiguo rebelde del mismo género que Rifoel, y, como éste, perjuro á la amnistía.

Herbomez é Hiley reclutaron entonces en las comarcas vecinas siete bandidos que es preciso dar á conocer, y que son:

1.º Juan Cibot, apodado Pille-Miche, uno de los bandidos más atrevidos del cuerpo formado por Montaurad el año VII, y uno de los autores del ataque y muerte del correo de Mortagne.

2.º Francisco Lisieux, apodado el Gran-Hijo, prófugo del departamento de la Mayenne.

3.º Carlos Grenier, apodado Flor de Retama, desertor de la 69.ª media brigada.

4.º Gabriel Bruce, apodado Juan el Gordo, uno de los chuanes más feroces de la división Fontaine.

5.º Jacobo Horeau, apodado el Estuardo, teniente de la dicha media brigada, afiliado al Tinténac, y muy conocido por su participación en la expedición de Quiberon.

6.º María Ana Cabot, apodado Juventud, antiguo piquero del señor Carol d'Alençon.

7.º Luis Minard, prófugo.

Estos alistados se albergaron entre tres municipios diferentes, en casa de los llamados Bine, Melin y Laraviniere, posaderos ó taberneros, adictos todos á Rifoel.

Las armas necesarias les fueron proporcionadas por don Juan Francisco Leveillé, notario, incorregible corresponsal de los bandidos, intermediario entre ellos y varios jefes ocultos, y apodado el Confesor, y por un tal Félix Courceuil, antiguo cirujano de los ejércitos rebeldes de la Vendea, ambos de Alençon.

Once fusiles fueron escondidos en la casa que poseía el señor Bryond en el arrabal de Alençon, sin que él lo supiese, pues habitaba á la sazón su casa de campo situada entre Alençon y Mortagne.

Cuando el señor Bryond dejó á su mujer abandonándola á sí misma en la fatal ruta que debía recorrer, estos fusiles, retirados misteriosamente de la casa, fueron transportados por la misma dama Bryond en su coche al castillo de Saint-Savin.

Entonces fué cuando empezó á tener lugar en el departamento del Orne y en los circunvecinos aquella especie de pillaje que no sorprendió tanto á las autoridades como á los habitantes de aquellas comarcas, que gozaban de paz hacía ya tanto tiempo, y que prueba que estos detestables enemigos del gobierno y del Imperio francés se entendían con el extranjero y estaban en el secreto de la coalición de 1809.

El notario Leveillé, la dama Bryon, Dubut de Caen, Herbomez de Mayenne, Boislaurier del Mans y Rifoel fueron, pues, los jefes de la asociación á la que se adhirieron los culpables castigados ya por la sentencia que les alcanzó en compañía de Rifoel, los que son objeto de la presente acusación, y algunos otros desconocidos por haber huído ó por el silencio de sus cómplices, y que no están, por lo tanto, bajo la acción de la vindicta pública.

Dubut, domiciliado cerca de Caen, fué el que dió el aviso de la salida de los fondos de la recaudación al notario Leveillé. Desde entonces Dubut hizo varios viajes de Caen á Mortagne, y á Leveillé se le vió igualmente por los caminos.

Hay que advertir aquí que, cuando se distribuyeron los fusiles, Leveillé, que había ido á ver á Bruce, á Grenier y á Cibot á casa de Melin, encontró á esta gente preparando sus fusiles en una habitación interior, y aun ayudó él mismo á esta operación.

Se dió una cita general en Mortagne, en la posada del *Escudo de Francia*, y todos los acusados se reunieron allí bajo diferentes disfraces. Entonces fué cuando Leveillé, la dama Bryond, Dubut, Herbomez, Boislaurier é Hiley, que era el más hábil de los cómplices secundarios, del mismo modo que Dubut el más atrevido, se aseguraron de la cooperación del llamado Vauthier, apodado Vieja-Encina, antiguo criado del famoso Longuy, mozo de cuadra de la posada. Vauthier se comprometió á avisar á la dama Bryond del paso del coche que condujese los fondos de la recaudación, el cual se detiene generalmente en aquella posada.

No tardó en llegar el momento de llevar á cabo la reunión de los bandidos reclutados y dispersos por varios lugares, tan pronto en un municipio como en otro, é ignorados gracias á los cuidados de Courceuil y de Leveillé. Esta reunión se efectuó bajo los auspicios de la dama Bryond, la cual procuró un nuevo re-

tiro á los bandidos en una parte deshabitada del castillo de Saint-Savin, situado á algunas leguas de Mortagne, donde vivía con su madre desde la separación de su marido. La dama Bryond cuidó de preparar, ayudada por la joven Godard, su camarera, todas las cosas necesarias para el albergue y alimentación de semejantes huéspedes. Hace llevar á este intento algunos haces de yerba para que les sirvan de cama, visita á los bandidos en el asilo que les ha procurado, y lleva consigo varias veces á Leveillé. Las provisiones y los víveres fueron procurados por Courceuil, que recibía las órdenes de Rifoel y de Boislaurier.

La expedición principal estaba preparada, y los bandidos, armados ya, dejan su escondite de Saint-Savin, operan de noche, esperan el paso de los fondos de la recaudación, y el país se asombra de sus reiteradas agresiones.

Es indudable que los atentados cometidos en la Sartiniere, en Vonay y en el castillo de Saint-Savin, fueron cometidos por esta banda, cuya audacia igualaba á su maldad, y que supo inspirar tan gran terror á sus víctimas, que éstas guardaron silencio, quedando limitada así la justicia á meras presunciones.

Al mismo tiempo que ponían contribución á los dueños de bienes nacionales, estos bandidos exploraban con cuidado el bosque de Chesnay, escogido como teatro de sus crímenes.

No lejos de este bosque se encuentra la aldea de Louvigny. En esta aldea tienen una posada los hermanos Chaussard, antiguos guardabosques de las tierras de Troisville, que sirvieron de punto de cita á los bandidos. Los dos hermanos conocían de antemano el papel que tenían que desempeñar; Courceuil y Boislaurier les habían hecho algún tiempo antes declaraciones para reanimar su odio contra nuestro augusto emperador, anunciándoles que, entre los huéspedes que recibirían, habría hombres conocidos suyos,